

Místico y humano

Y así era el hombre en las raíces profundas de lo inconsciente, de lo que se trae de la vida: un temperamento místico, doblemente místico, de sensibilidad aguda y fina, que se revelaba sólo bajo la acción atractiva e impulsora de la emoción estética. Místico y activo, enamorado de un ideal estético, pronto a la emoción y bajo ella a la acción.

Y al ser así, en su ser íntimo, Joaquín González, explícense bien—con explicación lógica a la vez que natural—sus posiciones frente a los misteriosos y hondos problemas del ser y del vivir del hombre, y de los hombres formando la humanidad terrena, y del más allá de lo humano.

Eran siempre las posiciones de este delicado espíritu, con vistas amplísimas, de valor universal: hacia adentro, con raigambre dispersa por las capas íntimas del ser del hombre y hacia fuera en el mundo natural y social: vistas las últimas como las del águila que remontase los Andes o tendiera sus alas sobre las interminables llanuras pampeanas.

Para González, el hombre que penetra en lo íntimo, libre y sinceramente, sentirá latir, bajo la endeble construcción de su ser concreto, la unidad esencial del hombre—cable hacia lo absoluto. Que todos, queramos o no, somos «el hombre», y además este individuo mortal, efímero, interino, sostén de pasiones y limitado de mil trágicos modos. Y asentado cada cual—obra de educación—en el hombre íntimo, en su unidad esencial, reflejo de lo absoluto, se proyectará hacia afuera y estará, entonces, más capacitado para sentir, ver e interpretar la unidad orgánica de la naturaleza y de los mundos, y, como exigencia ético-estética, se le impondrá un ideal de universal armonía entre hombres y entre naciones y razas.

Unidad esencial íntima del hombre, unidad orgánica en la naturaleza, armonía y paz entre los hombres de buena voluntad: he ahí las esencias filosóficas del pensamiento de Joaquín González.

Oigámosle ahora:

«No hay un santuario fijo, ni cirios sagrados, ni trajes o ceremonial preestablecido, para dar salida a la plegaria que nace en el alma y brota en los labios con la íntima e intraducible emoción de la contemplación divina por la visión interior...»

¡La visión interior! El camino firme y seguro, para encontrarnos todos y entendernos todos. Mirando hacia adentro, sería posible la unidad moral que González señala de este soberbio modo.

«¿Por qué,—pregunta—no sería po-

sible construir la unidad moral del género humano por la inteligencia, y la fusión, en lo esencial que le es común, de las religiones que hoy se dividen el imperio de las conciencias?

«La división no nace de lo íntimo que dignifica y eleva: viene de fuera, de lo limitado e histórico.

«... al recordar, continúa, cuánto, se cambian esos conceptos esenciales al tocar la esfera de la «realización», de la «acción» y de la «ejecución», y cuántas guerras ha engendrado la tentativa, me sonrío y paso a soñar de nuevo como convencido de un imposible humano. No lo han conseguido Confucio, Budha, Zoroastro, Jesucristo, Mahoma... Pero—reacciona el pensador poeta—pero ahí está la realidad ideal de la identidad de doctrinas, creencias y deducciones morales para la conducta, probando que el elemento de la gran «conciliación» futura existe intacto en la base, en el alma de las filosofías maternas—índica, helénica, cristiana, islámica—y que lo único que se opone a su advenimiento es una fatalidad histórica, hasta hoy no destruída, pero no indestructible».

Mas la suprema conciliación—no lo olvidemos—para no ser efímera o engañosa, u obra de siniestras hipocresías, tiene que venir de «adentro», de lo más hondo del alma humana, de aquella región en que el hombre libre, al encontrarse, siente el soplo divino de lo absoluto. «El misticismo, dice González, entendido en su alta significación de «estado» mental ascendente hacia la realización ideal, es una región de conciliación, a su vez, de los espíritus de las más diversas confesiones dogmáticas o formales. Al emprender el vuelo ascensional hacia el infinito—que es para mí y pienso que para González caminar hacia «adentro»—todos ellos rompen sus ligaduras y, como pájaros que llevasen en sus picos, alas o pies, polvo o briznas del suelo de donde se alzaron, todos cantan y cuentan el mismo sueño extático»...

Todos cantan su canto, que es canto en todos, y, al elevarlo como efuvio íntimo hacia lo alto, todos hacen lo

mismo, todos coinciden en idéntico entusiasmo.

Y hay, en efecto, momentos—afirma González—en que «no se podría distinguir una página de Kabir o de Tagore, de San Juan de la Cruz o de Fray Luis de León».

Política de amor

La filosofía de González podría sintetizarse o definirse como una filosofía política del amor—íntimo o de lo íntimo: del amor a la naturaleza, del amor como ley fundamental del hombre en la humanidad y del amor divino.

Y no se revela esta noble pasión sólo en las amplias concepciones del filósofo poeta. El ideal de amor lo opone González concretamente, como reacción positiva, contra las negaciones históricas del espíritu de armonía, de paz y de tolerancia, contra las manifestaciones del odio, que advierte cerca de sí. «Desde que yo he comenzado, dice, a estudiar los problemas más íntimos de nuestra nacionalidad, arrancados del corazón de la historia, he adquirido la convicción de que el odio en ella se revela con los caracteres de una ley histórica...» En el *Juicio del siglo* se decidió el pensador a anunciar el postulado del odio como agente de tantas grandes tristezas de la centuria cumplida en 1910. Y desde entonces, enardecido su espíritu, inclinóse con más pasión por cuanto inspira y conduce a la concordancia, a la benevolencia, a la tolerancia, entre los hombres, y más si pertenecen a una sola nación». Y «lo vengo predicando en todas las formas».

Y yo estimo que el momento en que esa noble propaganda en pro de la paz y del amor, de la armonía entre todos los hombres, y entre todos los pueblos, alcanza su más alta significación y su mayor intensidad, es el de este magnífico prólogo, en el que el llorado amigo puso, con la más noble sinceridad, lo más noble de su alma.

ADOLFO POSADA

(*La Nación*, Buenos Aires).

NOTA: Véase el núm. 7 del *Repertorio Americano*, tomo en curso.

